

Una excursión al Lago Enol

Gabriel Cencillo

Al Sr. D. Celestino Pellico y Sarro, Presidente del Centro Asturiano de Madrid.

Una excursión al Lago Enol hicimos, amigo mío, desde Onís el viernes de la semana última; y como fueron varios los recuerdos que en ella hubo para V., por ser usted uno de los que hace mucho tiempo tienen proyectado hacerla, —contando conmigo, porque ambos nos consideramos buenos camaradas para subir vertiginosamente las cuestas— me creo obligado a referírsela, siquiera no sea más que para que V. vaya haciendo boca con este aperitivo, ya que según todas las probabilidades, el verano próximo quizá puede V. ver realizado ese su deseo. Allá va, pues.

Cuatro buenos amigos (aparte del espolique o guía, que lo era el incansable Ramón Huerta), componíamos la expedición, y mis tres compañeros lo eran de calidad, además de sus excelentes personales condiciones: el Coadjutor de esta parroquia de Santa Eulalia, D. Antonio del Fresno, el médico del Concejo D. Emilio de Francisco y deudo de V., el sportmen don Luis Pellico. Nos reunimos a las seis de la mañana, y provistos de las consiguientes "municiones de boca y guerra", jinetes en cuatro caballos, emprendimos la subida con la "satisfacción en el semblante" y la alegría en el "animoso corazón". ¡Cómo se ensanchaba éste a la contemplación de las sinuosidades y perspectivas que iba percibiendo la vista! ¡Oh, la Naturaleza!

Dejamos atrás los pintorescos pueblos de Bobia y Demués, trotamos una media hora por bastante mal camino, y ¡alto los expedicionarios! La famosa cuesta de Camba es ésta: pie a tierra los caballeros, que cierra el paso

"El murallón de granito
de la montaña bravía".

Y poco que me acordaba yo entonces de Tartarín en los Alpes; no precisamente porque hiciéramos la excursión en condiciones análogas a las del intrépido héroe de Daudet, hollando tantos pies de helada nieve, pues no la pisábamos, aunque la teníamos a la vista y cerca —en Peña Santa—, sino por el terreno abrupto y escarpadísimo que contemplábamos por los cuatro puntos cardinales, y que hacia el Sur teníamos que penetrar... o poco menos, si queríamos avanzar, lo cual era nuestro propósito: colosos de piedra, cuya cabeza velan con sus gasas de vapor las nubes, y que en sus crestas reciben el primero y el último beso del sol a la hora de los crepúsculos, era lo que nos rodeaba y abrumaba con su grandiosidad. Por allí latía invisible el río Casaño, que fecundiza con su cristalino caudal las campiñas, tan fértiles que hay vegetales nacidos en las hendiduras mismas de sus rocas. ¡Magnífico espectáculo en verdad!

Un cuarto de hora tuvimos que andar empinadísima cuesta, porque las cabalgaduras no nos podían llevar. Montamos de nuevo, y así con breves intervalos pedestres llegamos a la Vega de las Mantecas, al Cantón, giramos a la izquierda de la extensa y feracísima vega de Comella, y se nos apareció la de Belbín, verde y poblada de varias cabañuelas y cuevas y corrales. Buen golpe de gente, que oficiaba de pastores, se levantó a saludarnos, y a porfía nos brindaron con la riquísima leche extraída de los pechos ubérrimos de las robustas vacas que en aquellas alfombradas praderías pacían a su sabor. Allí fue, amigo mío, donde por primera vez en ese día su deudo de V. sacó la máquina fotográfica para retratar aquel típico y característico cuadro del país, por cierto sin seguridad del éxito por la escasa luz, pues al sol apenas lo vemos en toda la jornada.

A caballo otra vez: veinte minutos de marcha por campo abierto, y damos con el lago de la Encina (sic), sin importancia alguna; subimos otros cien pasos por la cuesta que los separa y... ¡El Lago de Enol! Total: tres horas escasas de ascensión.

¡Y qué soberbio espectáculo! En sus locas excursiones por los espacios imaginarios no puede concebirlo más bello la fantasía; risueñas vegas cerradas por montañas eminentes o divididas por enormes

rocas de las montañas desgajadas, secundan el Lago, cuyas ondas, al divisarlo nosotros, rizaba imperceptiblemente el fresco airecillo que soplabá.



Más allá, para que todo fuese magnífico en aquel preciosísimo cosmorama, alzándose sobre todas las montañas vecinas, y como al alcance de nuestra mano, asomaban sus crestas los renombrados Picos de Europa, destacándose, por lo altos y semejantes, dos picachos que el guía nos dijo que se llamaban Las Moñas (no la cogió él mala después).

También para que la admiración fuese mayor, allá en lontananza veíamos el mar azul, el proceloso Cantábrico, mal distinguido entre la bruma.

¡Quién es capaz de sospechar un lago tan poético en aquellas alturas! De seguro que es doble mayor que el estanque grande del Retiro de esa Villa y Corte, y su profundidad por algunos sitios inmensa, insondable, según dicen. Tiene truchas abundantes y extraordinariamente grandes, pesando algunas quince, veinte y veintitantas libras.

Nuestra llegada al Lago fue saludada por los ingleses que explotan la mina de manganeso, allí inmediata, con salvas de sus rifles e izando y arriando en el asta la bandera que ondean; a lo que solícitos correspondimos nosotros agitando nuestros sombreros y disparando las escopetas.

Echamos pie a tierra, recorrimos alegres aquellos hermosos sitios, y a medio día comimos "sobre el verde césped", tocando casi con los pies las aguas del Lago y con las manos las de una fuente que manaba allí... naturalmente.

Dimos después unos paseos en la lancha por el Lago – cortos porque hacía agua el artefacto–, se sacaron algunas fotografías para recuerdo de la expedición, y a las cuatro de la tarde, satisfechos hasta del día, que no pudo ser mejor escogido –sin sol y sin lluvia, sin frío y sin calor–, emprendimos nuestro regreso.

Como habíamos determinado ir a Covadonga sin volver a Onís, allá nos dirigimos "corriendo la pólvora", como calificaba uno de los compañeros al acto que ejecutamos disparando todos al aire, al trote de nuestros caballos, por aquellas primeras desiertas praderías. ¡Cuán grande a Dios se concibe en aquella soledad!

En Fana, la excelente casa del Cuerpo de Ingenieros de Montes, refrescamos un momento, y ya, bajando siempre por aquellas penosísimas y peligrosas cuestas del monte Auseva, no paramos (la última media hora todos a pie por precaución, o mejor por necesidad) hasta el histórico y venerado Santuario, a donde llegamos cuando cerraba la noche. Total: otras tres horas de bajada.

Por la carretera nueva en construcción, no bajamos, preferimos el camino antiguo; allá la veíamos culebrear entre el verdor del paisaje; y por cierto que contemplándola me asaltó esta reflexión: cuando los turistas puedan recorrerla y llegar cómodamente a su término ¿se habrá acabado la poesía del viaje de Lago Enol? Porque, para mí, siendo los caracoles lo principal, no valen lo que la salsa; y la salsa en este caso son los accidentes y peripecias que ofrece hoy esa excursión.

He concluido, amigo mío. Ya no vale la pena decirle que un par de horas después cenamos a manteles limpios y descansamos en blanda cama, y que al día siguiente después de visitar la Santina y los sitios relevantes de Covadonga, nos volvimos a Onís. A medio día estábamos en casa.

¿Cuándo nos volveremos a ver en otra? Con V. ya sabe que "repetiría" con mil amores su buen amigo Gabriel Cencillo.

CENCILLO, Gabriel, "Una excursión al Lago Enol" en *El Auseva* de Cangas de Onís, núm 234, de 29 de septiembre de 1895.